

Méjico, 25 Marzo de 1859.

Mi pobre Bibiana: ¡Cuánto te compadezco cada día al verte sumida en aquellas ignorantísimas tierras, y privada de tanto bueno como en la corte se encierra! ¡Cómo deseo que llegue el momento en que, con aquellas letras que usas, me digas: ya voy en camino! Porque no tiene remedio: la corte nos llama, y solo dilatarémos en recibir sus benéficas luces, lo que dueres tú en acabar de domesticarte. Aprovechate pues, cordera, para que de ese modo podamos dar un día de gloria á nuestra patria y ceñir nuestras sienes con la corona de la elegancia y del buen tono.

Ya sabes la vida que tal empresa demanda; pero lo que no sabes es todo lo que ántes se debe hacer para llegar á esos resultados: y ahora precisamente voy á ex-

plicártelo, á fin de que puedas hacerte cargo oportunamente de los pasos que nosotros, elegantes de nuevo cuño, tenemos que andar en este camino lleno de flores y de ramos.

Supongamos que hemos llegado á las puertas de la hermosa capital; para lo que fué indispensable tener que entendernos con nada ménos que treinta peajeros, que nos cobran por venir entre rocas y malezas: supongamos también que en la garita hemos tenido la fortuna de no ser registrados hasta entre el pellejo y debajo de la lengua, para averiguar si introducimos ó no un cargamento de contrabando: supongamos además que nuestra buena fortuna nos evitó el llamar la atención de la investigadora gente cortesana, que quiere hacer en nosotros un estudio formal y analítico de nuestras personas; porque hágote saber, que es tanto lo civilizado que están por esta tierra, que nada dejan pasar sin un detenido exámen, y lo mas insignificante que pueda ocurrir hasta para reunir á cuantos van y vienen, y viéraslos abrir tantos ojos y tantas bocas, que es una bendición de Dios; supongamos en fin, que despues de conquistar palmo á palmo el terreno hemos llegado hasta la posada, y que hemos tenido la ventura de no sufrir menoscabo en los objetos de nuestro equipaje, los cuales, con nuestros individuos quedan por último empaquetados en la arca de cal y canto que en suerte nos tocó.

No te creo tan impaciente de palpar maravillas, que apenas llegados y aun no perdido el zarándeo con que te agazajó el pacífico animal que te trajo, ú olvidado el dulcísimo aporréo de la epigramática diligencia, quieras echarte por esos mundos de Dios, cargando á cuestas tu espoleadora curiosidad. No, señor: supongo, y muy bien, que tratarás de olvidar en el sueño los peligros y tropiezos que tuviste que vencer para llegar á esta tierra de promision; y que al día siguiente, que para tí dilatará siglos, te endosas aquel hermosísimo vestido de *balsorina*

que figuró en primer término en mis regalos de boda, y al que hace honrosa compañía el *tápalo* de arco-iris con que fuiste tan galana á la parroquia. Hémos ya en la calle codeando y siendo codeados, pero... aguarda... ves que apenas empezamos nuestras escursiones y ya nos ha detenido el paso un objeto que embarga tu atención. ¿Qué es? me preguntas azorada.

Es una mole inmensa que camina hácia nosotros: tiene algo de fantástico; es un vestido negro que ocupados terceras partes de la calle y una mantilla que va encima, y todo ello debe moverse por máquina, puesto que no se percibe quien pueda conducirlo: el vestido camina dejando por el suelo un vestigio de su tránsito, y arrastrando entre sus pliegues cuanto se encuentra á su paso: mira, aun una piedra arrancada de su artificial alveolo va rodando como en una catarata entre ese inmenso almacén de ropa.—¡Ah muger asustadiza! nada de magia encontrarás en todo esto: no es mas que una de las leonas de que ántes te hablé.—¿Una leona? si no se le ven las fauces, ni la melena, ni... aguarda, que ya empiezo á distinguir, no precisamente garras, pero sí una mano que levanta un poco mas de lo necesario esa cauda que remolca tantos escombros... ah! si esta leona estuviera criada en las batuecas, no sabría manejar mejor la rienda de un potro. ¿Pero la cara? en dónde está la cara?—Tonta, va oculta en un tupido velo, aunque no tan tupido que no deje adivinar lo que hay de bueno, y no encubra lo que hay de malo. Va como los dulces que se cubren con tapaviandas, siendo una tentación constante para las moseas. En cuanto á la observación que haces del manejo de la rienda, te diré que alzan el vestido para no ensuciarlo.—Bien; pero si no quieren ensuciarlo para que lo usen tan largo que arrastra una cuarta?—Para levantar esa cuarta y enseñar por necesidad un pié prisionero en un estrecho botín; para que todos admiren lo bien acabado de los calzones; para que

todos puedan contar el número de enaguas de que la leona puede disponer.

Ademas, como hace tiempo que el ayuntamiento no está en fondos, no ha podido cubrir los gastos de limpieza de la ciudad; pero las leonas, amantes del buen nombre de esa corporación, y llevadas del espíritu de *pulcritud* en todo, viendo aquella pobreza se han encargado de barrer las calles y enjugar ciertas corrientes no muy limpias que frecuentemente se ven en las esquinas. Quieren, con este rasgo de civismo conquistar el nombre de buenas ciudadanas que algunos legisladores les han negado en circunstancias demasiado importantes: quieren tambien dar una protección decidida á la industria, y por tanto procuran consumir cuanto ántes lo que sus maridos ó padres ganan afanosamente, para de esa manera comprar mas y mejor.

Muy bien: todo eso es monísimo; pero lo que sobre todo admira es la amabilidad con que va dulcemente departiendo con su inseparable consorte: bendito sea Dios que la civilización ha respetado la loable costumbre de que el marido sea el compañero constante de la muger, y no ha desterrado la ternura de los matrimonios. Porque ese buen mozo que va envuelto en el lindo *tápalo* es obsequioso, rendido, y de á legua se echa de ver que está recién casado.—No, Bibiana: no es marido de tan hermosa leona.—Pues entonces, será su hermano.—Tampoco.—Pues qué es?—Es un amante.—¿Zape! un amante?—Sí, muger; no te asustes; es un amante *platónico*; un adjunto de primera necesidad en el buen tono. Seria muy incivil, muy retrógrado que el marido se tomara el trabajo de pasear á la señora, de andar cosido á ella, de constituirse su sombra: no señor, el varón deja en plena libertad á la señora, para que corra por donde quiera sin su molesta compañía; y ella, en virtud de ese pacto, tácitamente formulado, puede elegir entre sus aduladores el que mas le venga en mientes para hacer-

lo su caballero, su satélite, su escudero.—Y él?—Quién el marido? Míralo, allá va desempeñando los oficios de su sustituto con otra señora, esposa de un amigo íntimo, porque en la buena sociedad hay deberes mutuos; y si otro se toma la molestia de cortejar á su mitad, él debe en justa retribucion, hacer al tanto por otro lado. No ves que si así no fuera, habria un desnivel asombroso, y unos cuantos llevarian las cargas, miétras otros muchos descansaban á pierna suelta, libres de toda fatiga? Esas son mejoras positivas de la civilizacion.

Pero, ¡cuidado! ese par de elegantes pollos que á guisa de diptongo latino vienen de bracero formando una vistosa mancuernilla, pueden en su invariable carrera hacerte bailar como un trompo. No esperes que te cedan la acera, porque seria faltar á las leyes de la ilustrada etiqueta. Si es preciso que para darles paso te zambullas en el lodo, hazlo sin vacilar, porque á lo ménos tu pediluvio tendrá el mérito de voluntario, y no tendrás que ir rodando hasta en medio de la calle por el impulso que te comuniquen unas salientes rodillas ó unos angulosos codos. ¿No los ves? atropellan cuanto les impide su inmutable curso: partidarios de la línea recta no conocen obstáculo, y cualquiera que se les presentara lo vencerian sin trabajo. Si por casualidad eres tan torpe que no sepas ó no puedas evitar su choque, no esperes buenamente una disculpa caballerosa, ni que procuren evitar el cataclismo que te amenaza: oirás salir de sus rubios labios una redondísima imprecacion, y como si fueras ministro de hacienda sin crédito, y ellos agiotistas colados, auxiliarán poderosamente tu caída; y ellos seguirán impávidos sin hacer mas que reir de tu desgracia.

Allá viene otra pareja masculina: mira qué fuego en su conversacion, qué movimiento en sus manos, qué agitacion en sus semblantes! Son políticos que van arreglando la marcha del gobierno; pero no solo el de la república, eso seria muy mezquino para sus inmensas ca-

pacidades: Luis Napoleon es un niño de teta, á quien vendrian bien las lecciones de estos sapientísimos Licurgos. Y advierte con cuidado que aun están en la primavera de la vida, y sin embargo asombra su talento. ¡Qué será cuando sean mas grandecitos! Ya los cyes: la Europa está caducando y necesita regenerarse; pero no hay un hombre que domine la situacion, que dé curso al torrente de las ideas nuevas, las cuales traerán forzosamente la felicidad de los pueblos. Nada existe en el mundo que no necesite reformas: todo está envejecido, miétras que todo demanda una innovacion completa. Por eso, ellos que son los apóstoles de esa *propaganda*, han comprendido que es antipolítico quitar el sombrero y dar pruebas de respeto á ese sacerdote venerable por su estado, su virtud y sus años, y ya vez como lo ven con desprecio y lo arrinconan contra un a puerta á fin de que no les impida seguir tratando sus importantes asuntos. Pero, aguarda: suena una campanilla que anuncia que por ahí viene el sagrado viático: no hay cuidado; nuestros hombres marchan sin conmoverse, ostentando en la cabeza sus bien acabados sombreros, y en sus bocas su excelente regalia. No haya pena que ellos se descubran ó arrodillen, y dejen por un momento sus ohime-neas siempre ardientes: eso se queda para la gente fanática y rancia: ellos son ilustrados y han dejado ya olvidadas las preocupaciones de antaño.

¿Ves ese coche que está parado á la puerta de ese rico almacén? ves en su interior dos hermosísimas damas que yacen recostadas como en un muelle *diván*? ves la traslacion inmensa de efectos que hay del almacén al coche? Pues no entiendas que van á mudar la casa, y que en lugar de cargadores ocupan ese blazonado carruaje para el transporte de las mercancías, cuyas cuidadoras sean las hermosas. No es mas que estas vienen á comprar un par de medias y unas varas de india; pero como solo la gente de pacotilla viene al comer-

cio á pié, y se entra de rondon á las tiendas, y hace su compra liza y llanamente, para distinguirse la elevada aristocracia, manda poner el coche, pone dentro á la vista algunas docenas de pesos, y en el cajon de mas nombre, (que los hay muy retumbantes) se hace alto con la seguridad de que en el momento se presentará el mas bien plantado y zalamero de los dependientes á recibir las órdenes de tan bellas compradoras. Estas preguntan con énfasis, con desenvoltura por una multitud de cosas, por lo mas nuevo, lo mas esquisito, que encierre el almacén: el servicial tendero va y viene, trae y lleva, encomia el hermoso dibujo de esta tela de Asia, sube por las nubes el tejido de aquel *moiré*; encarece la vivacidad de un gró, admira la calidad de aquel piqué de seda: es lo mejor que se conoce en Europa, y la reina de Inglaterra, y la emperatriz de Francia han pedido á las mismas fábricas una cosa semejante. ¡Qué elocuencia tan persuasiva! qué flores retóricas tan hermosas derraman los labios del vendedor á la vista de las brillantes águilas que con sus alas estendidas quieren emprender el vuelo, y no por cierto para el interior de la tienda, aunque bien lo apeteciera el encomiástico orador! Pero las desdenosas beldades nada encuentran de su gusto, no hay cosa que les agrade, y solamente fija su atencion el par de medias que buscaban ó el extraño dibujo de la india que habian menester. El almacén todo sufrió un movimiento simultáneo, y para acabar con aquella confusion y volver al órden aquellas diseminadas mercancías, se necesitan dos horas largas. De esta tienda pasará el coche á la inmediata, y así se pasará revista mas escrupulosa y tan improductiva como las de comisario en el ejército.

Pero ¡qué reunion es esa que ocupa mas de media calle! Allí hay toda clase de trages: desde la aristocrática levita, hasta la democrática frazada. Ah! es uno de esos objetos que frecuentemente atraen la atencion de

los transeuntes. Es un discípulo de Baco á quien se empeña un diurno en dar posada, cumpliendo con las obras de misericordia, que aquel no quiere agradecer. Las instancias del uno y la resistencia del otro, han excitado vivamente la curiosidad de tan benévolo como ilustre público. Nota bien con cuánto interés siguen los espectadores las peripecias del drama: mira cuán dispuestos están todos aun á acompañar hasta su nueva mansion al desagradecido huesped: observa qué atencion ponen al interesantísimo diálogo de ambos interlocutores. Jamas predicador alguno pudo lisonjearse de tener un auditorio tan circunspecto. Y este espectáculo como otro cualquiera de tan vital interes absorbe todas las miradas, toda la atencion de los civilizados hijos de Méjico.

Pero, he aquí que por haber venido matando el tiempo con todo cuanto hemos encontrado al paso, hemos llegado un poco tarde al lugar de nuestro destino: Recuerda que salimos á surtirnos de varios indispensables para nuestra futura mansion; por consiguiente entraremos á este depósito de muebles finos que se nos presenta al paso. No te quejarás de que aquí no encuentras urbanidad y buenas maneras, porque como tu traje y emío revelan un marchante de buena pasta y que no ha de hacer mucho consumo, casi somos imperceptibles al ojo conocedor y esperto del ilustre tapicero. Por eso no contesta á nuestro saludo sino protegiéndonos con una ligera inclinacion de cabeza, y nos deja estar en pié, y de muy mala gana nos enseña los objetos que le pedimos: Pero advierte el cambio que ha producido en sus facciones y en su lenguaje el elocuente sonido de ciertas monedas en mi bolsillo. Vaya! somos unos parroquianos que ofrecemos una rica cosecha, y por tanto dignos de grandes atenciones. ¡Qué gusto tan esquisito tenemos en la eleccion de cuanto preferimos! qué bien se echa de ver que lo entendemos en eso de estimacion de

las grandes obras! No hay duda: somos el tipo cabal y completo de los protectores de las artes y tenemos ciencia exacta de lo bello y de lo perfecto. Apostaría cuanto se quisiera, que ántes de ahora no habíamos echado de ver en nosotros ese talento tan distinguido y tan fenomenal que nos lleva como por la mano á la eleccion de lo mejor, de lo mas esquisito que ha producido la industria del hombre. Antes parecíamos unos patanes; pero desde que descubrimos que podíamos hablar *redondamente* hemos ganado en valor un noventa y nueve por ciento, como bonos de la deuda inglesa.

Hechas aquí nuestras *cómodas* adquisiciones, vamos á otras casas y oficinas donde sin duda tendremos mucho qué aprender y no poco qué admirar. Porque si legamos á una casa de comercio cualquiera, al taller de un artesano insignificante, á la covachuela de un empleado público, todos te recibirán del mismo modo, todos responderán á tus urbanos saludos con un mismo elocuente, á fin de no perder con vanas palabras ni con molestas fórmulas un tiempo tan precioso como el que tienen destinado á la dulce conversacion de un amigo, á la sabia combinacion de sus cálculos financieros, ó al delicioso *far-mente* que tanto embelesa sus fatigadas existencias.

Y aunque hemos estado tratando en el campo de las suposiciones, puedes estar segura, Bitiana mía, de que nuestro paseo ha sido en el terreno de las realidades. Porque ya lo verás con tus propios ojos cuando vengas: á cada paso que des en este mundo de Dios verás y palparás la verdad de cuanto te digo, sin que te falten ejemplares á cada instante en que puedas comparar la práctica con la teórica, mejor que en muchos sistemas que para desasuarnos andan por ahí, cuyas doctrinas son escolentes para habladas y escritas, y cuando quieren ponerlas en planta, ¡zas! allá van á dar donde ménos lo esperaban. Aquí por el contrario, el trecho que hay

del hecho al dicho es grande, pero favorable á la confirmacion de lo platicado.

Queria ya dejar á las personas en plena posesion de sus usos y costumbres; pero hoy he recibido de nuestro pueblo muchos encargos cuyo desempeño va á ponerme en contacto con individuos de diferentes categorías. Si de tal comision resulta cosa que saber debas te lo diré en mi siguiente á fin de que te instruyas mas y mas.—

*Caralampio.*

Méjico, 28 de Marzo de 1859.

Mujer mia: Está escrito que aun debo continuar un poco hablándote de personas, contra la impaciencia que me espoleaba por hablarte de cosas, ¡Qué quieres! Mis pobres batuecos aprovechando mi venida á la corte y las relaciones que dizque tengo, y mas que todo mi amor patrio, en cuyo nombre me conjuran mas que á un espirituado, enviéronme hace tres dias un voluminoso rollo de cartas y en ellas dos mil encargos que me ha sido forzoso despachar. Pero es el caso que mis compatriotas, privados como están hacé mucho tiempo de la invencion benéfica de la estafeta, y no porque los bárbaros asesinen á los correos, como dizque lo hacen por allá por la frontera, sino porque reservados y gazmoños han llevado á mal que el señor administrador les haga

correcciones en su estilo epistolar, para lo cual revisaba una á una las cartas, empezaron á desacostumbrarse de la antigua usanza de llevarle sus cartitas.

Esto, como ya recordarás, unido á ciertas desavenencias habidas en el matrimonio de nuestras Batuecas con esta corte, las cuales ocasionaron la separacion de bienes, y dieron márgen á mas de cuatro claridades que se dijeron los enojados consortes, hicieron por fin que el mercurio postal encontrara el mejor y mas exelente arbitrio de que se siguieran agriando los ánimos, y fué suprimir las comunicaciones de las partes beligerantes, y poner un dique á la chismografía del ofendido marido (Méjico) y de la ofensora esposa (las Batuecas). Resultado de esto, que los que no estaban enojados buscaban algun medio de enviar sus recaditos y billetes por los caminos que encontraban mas espeditos. Pero aquí fué donde el diablo tiró de la manta, y yo que por mal de mis pecados estaba debajo de ella, he quedado lucido, y vas á ver cómo.

Les pliegos que me remitian llegaron con felicidad hasta la garita, cosa que hasta parece fabulosa atendida las garantías y seguridad que en los caminos se disfruta. Ya los inocentes papeles entonaban el *Ave maris stella*, al descubrir el deseado puerto de su destino, y se desataban en elogios de su diestro piloto; cuando cárate ahí, que al querer tocar tierra dan en unos escollos hasta entónces desconocidos, quizá por estar ocultos bajo la cubierta de unas pieles cabrias. No hubo remedio: es cierto que tocaron en la playa y pasaron á tierra firme, pero ¡cómo venian, Dios mio! A guisa de corsarios sorprendidos en la costa y llevados ante el capitán general ó gobernador para que con arreglo á ordenanza decidiera de su suerte. Consignado á mí el envio, me hicieron comparecer ante aquel inflexible tribunal; y juzga de mis conflictos cuando yo fui sentenciado á redimir aquella gente cautiva, pagando en buena moneda sonante

veinte reales por cada onza del peso que reportaban. ¡Ira de Dios! Y como deseaba yo que el tal bulto se convirtiera en cabeza de diplomático, para que aunque pareciera mucho tuviera poco seso, y por ende poco peso! Pero nada, hija mia, aquellos verdugos tuvieron la inhumana complacencia y el escrupuloso cuidado de pesar hasta el último adarme; y yo tuve el duro sentimiento de ver pasar las pesetas nuevecitas de mi bolsillo al de aquellos desalmados caribes, sin que me valiera alegar que el modo y camino con que habían llegado los susodichos papeles era el único que nos había quedado espedido. No hubo argumento bastante fuerte ni razón alguna que me librara de pagar una multa que si era justa, no era yo á lo ménos quien la ocasionaba.

Posesionado ya de tan caros objetos, comienzo á desenvolver uno por uno, y me encuentro con que todas son cartas para el comerciante R,\* para el amigo X,\* para el empleado H,\* para el padre N,\* y por fin y postre unas cuatro líneas para mí en que me encargan entregue las adjuntas á sus títulos y agite el pronto y buen despacho de las que eran de la comun utilidad de mi pueblo, ó de la particular de Don Fulano. Tras de la sogá el caldero: despues de haberme costado el recuerdo de mis paisanos algunos duros que aun ablandan mis entrañas, échese usted á cuestras la comisioncilla de andar como pretendiente de empleo llevando cartas á este ó aquel. Vamos, que se necesita tener una paciencia á prueba de encargos para no votar contra tales impertinencias. Ya me conoces: soy bonachon y cachazudo: basta que este casado, y es buena prueba; por consiguiente dí conmigo en la calle, despues de formularme un itinerario, y comencé á desempeñar la importante misión que se me había confiado, consolándome en mis adentros con que las personas á quienes tenia que ver, enderezarian el entuerto que se me había hecho, cuando ménos con su agradecimiento.

Mi primera visita fué al señor comerciante, quien desde el momento en que me vió entrar conoció por mi cara *fuereña* que era un bonazo habitante del interior, y creyendo que seria un buen marchante, poco faltó para que me ofreciera de almorzar. Mas cuando le dije torpemente que era portador de una carta recomendada, equivocando los frenos, creyó que era una pretension, y entónces ¡qué semblante puso! Abrió la misiva, se convenció de que no era yo enemigo peligroso, y con la amabilidad de un gato cuando está celoso, me dijo que volviera por la contestacion de allí á dos dias.

Luego pasé á ver al empleado, y allí fueron mis trabajos. “El señor H\* viene á la oficina hasta las once. —Pero señor, si son ya las dos de la tarde. —¡Ah! pues entónces se fué á almorzar. —Y á qué hora vuelve? —Hasta las cuatro. —Y dónde vive? —La guía de forasteros lo dice. —Y esa señora dónde se encuentra?” Este interesante diálogo pasaba con un señor de edad, y tanto por ella como por su traje, habria jurado que era el gefe de la oficina; pero luego supe que era el cancerbero de aquel cocito. Al día siguiente fuí á las once y media, y trabajo me costó despertarlo del beatífico sueño que dormia, apoyada la frente sobre la mesa que tenia delante.

Entré por fin al *sancta sanctorum* de aquella oficina, y entónces pude admirar la madurez con que se despachan los negocios, y por consiguiente lo muy bien que deben quedar arreglados. Todos los señores que allí encontré, los ví sumidos en profundas meditaciones, hasta el estremo que bien pude, si hubiera sido un poco atrevidillo, violar la consigna que en letras gordas estaba escrita en la puerta á guisa de aquel rótulo que supone Fígaro estaba en las puertas de España: “*Nadie pase sin hablar al portero,*” pues aunque hubiese sido saca-muelas, con nadie podria haber ejercitado mi lengua. El que no meditaba teniendo la frente entre las

manos y los codos en la mesa, leía estasiado algun autor de nota, y de allí tomaba datos para el acierto de los negocios: ora era de Dumas el libro que habia en las manos; ora era Paul de Kock el que hacia el gasto: eso si ninguno estaba sin hacer algo.

El dueño de la carta me recibió con algo de mal humor, quizá porque le iba á interrumpir un animado diálogo que sostenia con E. Sue: así es que brevemente se impuso de la carta, y me emplazó para dentro de unos quince dias en que podria darme la respuesta. Tal se ve de abrumado por el peso de sus negocios.

En unas partes me daban una antesala de dos horas, porque el señor estaba á la mesa: en otras de tres, porque estaba durmiendo siesta; y en otras de cuatro, porque el señor no recibia sino á determinados momentos. Casa hubo en que el lacayo me prohibió entrar por no ser mi vestido de etiqueta.

En ninguna de las partes donde mi negra estrella y el capricho de mis compatriotas me condujo, tuve el gusto de oprimir ni por breves instantes los asientos de las aristocráticas ó plebeyas sillas de las salas; porque parece que es de buen tono que si el amo de la casa no se deja hablar, los criados detengan al visitante en los corredores, donde este puede entregarle al estudio de la botánica en las cuatro raquílicas macetas que allí se encuentran; y si el amo se deja mirar, apénas si se contenta con inclinar la cabeza, escuchar distraido el asunto, contestar breve, y con muestras muy señaladas de disgusto terminar la audiencia, sin dignarse decirle al pobre batueco que descanse un poco.

Mas en cambio, si llega el zapatero que tiene un establecimiento lleno de puertas y de muestras, que llama á su obrador con un nombre retumbante, como por ejemplo: *zapateria ó cajon de calzados de los diamantes, de los topacios, de las esmeraldas, &c.*, aun cuando el discípulo de San Crispin sea de los que hace cuatro años an-

daban envueltos en una capa cuadrada y con el indispensable *tranchete* en el sombrero, ó haciendo *obra* de muy mala estofa, siempre es tratado con muchísima consideracion, debida sin duda á tres causas. Sea la primera y principal, que es hombre ya de dinero y crédito, puesto que su taller ha pasado ya al rango de *gran cajon de calzados*. Sea la segunda, que él es el ministro de la policia interior de los piés del señor, las señoras y las niñas, y sabe cuántos callos, juanetes y ojos de pescado se deben encubrir con el razo y el charol, y esos secretos deben permanecer impenetrables á todo el mundo, y por eso al depositario de ellos se le obliga cortesmente á guardarlos. Finalmente, las mas veces se le deben grandes sumas por el calzado de toda la familia, que comunmente estrena cada tercer dia, aun cuando no haya necesidad; y si al acreedor se le tratara mal, supuesta la posibilidad de seguir habilitando, acaso se retraeria de seguir siendo el proveedor de la casa, y eso traeria trastornos en el sistema de empréstitos que sigue el ministro de las finanzas domésticas.

Desesperado y mohino acabé mi comision; y debes suponer cuánto tendria que sufrir, puesto que yo, calmado hasta el extremo, llegué á tomar un continente serio y endiablado.

¿Sabes la conclusion recta que yo deduje de todo cuanto me costó fenecer la empresa que se me habia encomendado? Que para tener un recuerdo vivo de la passion de Nuestro Señor Jesucristo, para seguirlo en toda la vía que anduvo allí en Jerusalem, no hay como tener un negocio en esta capital, principalmente en las oficinas públicas; y si el negocio es urgente é interesante, entónces hay mas motivos para los recuerdos, porque aquí todo es ir del subalterno al superior, de este á otro de mas ó ménos categoría, de una oficina á la otra, y de esta á aquella, ni mas ni ménos que de la casa de Anas á la de Caifas, de ésta á la de Pilatos, y de allí á la de

Herodes y vuelta á la de Pilatos, no sin haber sufrido las burlas y los logogrifos con que abruman al que anda tales estaciones, todos los que es necesario ver. Podrá suceder que el haberme yo demorado tanto en el asunto que se traía entre manos, haya dependido de las *circunstancias excepcionales en que actualmente nos encontramos*: pues hágote saber que en estos momentos estamos próximos á rompernos las cabezas con ciertos protectores que á pesar nuestro han venido á hacernos mas felices de lo que somos, y como es asunto en que todo el mundo se interesa, ya comprenderás que primero es saber si hemos de consentir en que nos den la felicidad, aunque sea como las *enemas*, contra nuestro parecer, ó si hemos de resistir tanto bien con que nos brindan nuestros favorecedores.

En estos momentos la corte se encuentra agitada hondamente; y no hay mas platillo de conversacion, tanto en los paseos como en las casas, lo mismo en la plaza que en la calle, que *sabersi por fin nos dejamos caer en la Jauja que nos ofrecen, ó si nos agarramos al borde con uñas y dientes para no ir á dar á ese paraíso con que nos están engolosinando los que tanto se empeñan por nuestro bienestar. ¿Creerás que hay aquí muchos ingratos que á las promesas de ventura que se les hacen, contestan con muecas y malas razones? Hasta los hay que se han convertido en *crinolinos* ó abultadores para obstruir el paso á los que vienen á desplomar sobre nosotros tanta felicidad.*

Hoy ha llegado aquí la vez de conocer á una multitud de jóvenes entusiastas que por todas partes veía días pasados con aire marcial y provocativo, buscando una ocasion de distinguirse. Llegó esta, y en efecto se están distinguiendo de á legua, porque los mas están en los puntos mas elevados aunque mas distantes del lugar que ambicionaban; pero ¿qué quieres? no todo lo que se

desea se puede. Si ellos están léjos en cambio están mas seguros y vállase lo uno por el otro.

Me he separado un poco de mi objeto, Bibiana; pero el entusiasmo es como la peste, contagia; y como en estos instantes se ha olvidado aquí todo por el entusiasmo hasta el extremo de haberse mudado el paseo al lugar donde se está tratando de nuestro destino futuro, ya ves que seria malísimo que yo permaneciera impassible. Pero vale que cuando hayamos vuelto á nuestra situacion ordinaria, ó como dicen los que lo entienden, *normal*, cojéré de nuevo el hilo y charlarémos de lo lindo. Adios por ahora.— *Caralampio*.